

WAAIJMANN, K., *Espiritualidad*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2011, 16 x 23'5, 1024 pp.

Recensión de J. Gómez
en *Nova et Vetera* 73 (2012)

Un amplio volumen (1 024 páginas) de herramientas para la investigación sobre la espiritualidad como ciencia teológica. Lo primero que me ha llamado la atención es la ausencia de autores hispanos en la bibliografía. Únicamente figura Sta. Teresa de Jesús e igualmente muy pocos en el índice onomástico. Pregunto: ¿Cómo interpretar este hecho? Cada cual responda como crea más acertado. El libro se abre con una panorámica, un índice sucinto de su contenido y se cierra con amplio y detallado índice de materias. Podemos, pues, localizar con suma facilidad el tema que interese estudiar. Una traducción fluida del inglés, aunque un lenguaje a veces difícil. La obra se divide en tres partes: formas, fundamentos y métodos. Y las tres partes poseen idéntica estructura muy práctica. Cada parte se inicia con su correspondiente índice de materias seguido de la correspondiente introducción. A continuación el desarrollo, y termina con la bibliografía oportuna. Advierte el autor que el significado de la palabra «espiritualidad», nacido en el ámbito de la tradición católica, hoy se ha desbordado; consiguientemente tiene presentes las «espiritualidades» no católicas. Señala también el auge que tiene en la actualidad el estudio de la espiritualidad hasta el punto de convertirse en un tema académico separado de la teología y en el que intervienen otras disciplinas. Precisamente en la segunda parte dedica un capítulo a las relaciones de la ciencia espiritualidad con otras disciplinas; con la teología, la primera. Sólo al comienzo de la segunda parte nos ofrece una definición de la palabra que abarca todo cuanto hoy se incluye en ella. Es, por lo tanto, una nueva definición. Acepta la dada por S. Schneiders: «La experiencia de compromiso consciente con el proyecto de integración de la vida a través de la autotranscendencia en dirección al valor definitivo que uno percibe». Una definición oscura, aunque sólo en apariencia.

Como ya he indicado, en la primera parte se estudian las distintas formas de espiritualidad. Teniendo presente que la espiritualidad, tal como la concebimos, afecta a lo más íntimo de nuestra existencia humana, esto es, nuestra relación con el Absoluto –son las primeras palabras del autor–, si la espiritualidad es por una parte algo muy íntimo y personal, por otra la sociabilidad permite establecer formas diferenciadas. Waaijmann estima que todas las formas de espiritualidad pueden reducirse a tres: espiritualidad laical, institucional y contestataria. Lo laical automáticamente nos sitúa frente a lo clerical. No está de acuerdo ni con el planteamiento de Congar ni con el del Vaticano II, que prácticamente coinciden en identificar lo laical con lo secular. Y no está de acuerdo, porque también el clero está injertado en lo secular en muchos aspectos: por ejemplo, aspecto jurídico, económico, político

e incluso laboral. Tampoco puede confundirse la espiritualidad laical con la llamada espiritualidad popular hoy tan en auge. Aunque esta religiosidad ha sido minusvalorada como «cosa del pueblo» (de ahí la tendencia a identificar lo laical con lo popular); sin embargo, también el clero está inmerso en ella. La religiosidad laical tiene su propio ámbito que abarca la familia con todas sus relaciones: esposos, padres, hijos, familiares, vecinos... Está inserta en los acontecimientos claves de la vida: nacimiento, matrimonio, muerte, por sólo citar estos tres momentos. Tiene su espacio en el hogar y su transmisión es generacional. La religiosidad clerical se desarrolla en otros ámbitos: en vez del hogar, un espacio público como es la iglesia, los acontecimientos familiares se sustituyen por la circunvolución del tiempo en torno a un eje que es la fecha original, como es la Pascua en el ámbito cristiano. La familia es suplantada por la institución. Ahora bien, existe una cierta ósmosis entre el clero y las instituciones religiosas, cuyos miembros están condicionados por el fundador (son las llamadas «escuelas de espiritualidad»). Además, hoy día los laicos intervienen no poco en actividades propias del clero. Waaijmann a esta espiritualidad la denomina espiritualidad institucional. A la tercera forma de espiritualidad la denomina espiritualidad contestataria. Dado el sentido peyorativo que envuelve a este adjetivo en el mundo socio-político de hoy, su uso en el tema de la espiritualidad se presta a confusión. Claramente explica el autor que no se trata de una protesta, sino de separación. En los primeros tiempos el obispo y la mujer –dice– definían la Iglesia, es decir, el clero y el matrimonio. Pero aparecieron los anacoretas, eremitas, mendicantes... que no se sentían dentro ni del obispo ni de la mujer; es decir, ni clérigos ni casados. Su lugar era el desierto, es decir, la separación, nunca como protesta ni independencia, sino simplemente como dedicación exclusiva a su proyecto de vida. Establecidas estas tres formas, son estudiadas cada una de ellas en sendos apartados. A continuación y ateniéndose a una estructura paralela se estudian los fundamentos y los métodos.

El lector encontrará índice de materias y amplio temario, que estimule su curiosidad intelectual y que daría pie para un muy extenso reportaje. A título de ejemplo, en la parte relativa a los fundamentos encontrará capítulos dedicados a términos como temor de Dios, santidad, gnosis, ascesis... Perspectivas y planteamientos interdisciplinarios, el discernimiento, etc., etc. Y en la parte relativa a los métodos, la biografía espiritual, la praxis de la lectura espiritual, el estudio hermenéutico o el estudio sistemático de la espiritualidad, etc., etc. Sólo por mencionar una muestra. Porque, repito, es un libro que suscita la curiosidad intelectual por internarse en el campo científico de la espiritualidad.

En cuanto a los fundamentos, el autor, siguiendo el método escolástico, intenta precisar cuál sea el objeto material de la espiritualidad y cuál sea el objeto formal.